4987

Los Gemelos

Miguel de Larralde

LOS GEMELOS,

Comedia en cinco actos de Regnard, traducida del frances por M. D. S.

Miguel de Sarralde

PERSONAS.

MENDOZA, D. DIEGO, } *hermanos gemelos*.....
D. CLAUDIO, *padre de Isabela*.....
ISABELA, *amante de D. Diego*.....
DOÑA FAUSTA, *tia vieja de Isabela*..
FELIPA, *doncella de doña Fausta*.....
VALENTIN, *criado de D. Diego*.....
D. HIPÓLITO, *escribano*.....
UN MARQUES ANDALUZ.....
D. SATURIO DE LA TEJA, *ropero*.....

La escena es en Madrid en una calle ó plaza pública.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

D. Diego.

Rabiando estoy! quánto tarda
este maldito criado!
parece que solo trata
de apurar mi sufrimiento.
Qué pesadez! qué cachaza!
sabe que estoy aguardando....

675423

ESCENA II.

Valentin con una maleta, don Diego.

D. Diego. Creí que nunca llegabas!
de dónde vienes, bribon?
qué dices? responde: habla.

Valentin pone la maleta en el suelo, y se sienta encima.

Por ahora es imposible;
no puedo decir palabra.
Ouf! qué rebentado estoy!
hacedme, señor la gracia

de dexarme respirar.

D. Diego. Y he de sufrir estas faltas
á cada paso? por Dios
que aquí mismo te matára
si no fuera porque.... dime:
en ir hasta la aduana
y recoger mi maleta
tardaste dos horas largas?

Val. Cómo lo he de remediar,
si aquellos que allí despachan
son capaces de apurar
la paciencia de diez santas?
Los judíos y los moros
tienen mas tiernas las almas
que aquellos hombres, señor.
Por mas que uno les machaca,
no dan sino respuestillas
como, ahora.... luego baxa....
Vuelva vm...luego...no es hora...
Qué?...no...despues...no se tarda,
y otras cosas semejantes,
de modo que en la tal casa
si llegan á conocer
que su despacho hace falta,
se ponen los dependientes
mas fieros que los que mandan.

D. Diego. Cómo! hasta que has venido
esperastes en la aduana?

Val. No señor, desesperado
de ver lo que se tardaba
en despachar mi maleta,
y con la vista cansada
de ver caras indigestas,
creí sería acertada
providencia el esperar
en la taberna inmediata.

D. Diego. Siempre la pasion del vino
á sus excesos te arrastra.

Val. Cada qual tiene sus vicios
en el mundo, es cosa clara.
Pero en mí, aun mas que el vino,
es el exemplo quien manda,
que á no tenerle, yo afirmo
que buena vida llevára.

D. Diego. Quién te obliga á frequentar
compañías depravadas?

Val. El amaros demasiado,
y que por mucho que haga
abandonaros no puedo.

D. Diego. Cómo, insolente!

Val. Una larga
é inveterada costumbre
de la libertad mas franca
en hablaros, me dió el uso.
Permitid presente os haga
quantas veces os he visto
con la cabeza cargada,
torpe y balbuciente el habla,
al impulso del licor
que os anegó en su borrasca:
Quántas veces sin mi auxîlio,
si yo mano no prestára
quedárais en tal conflicto
sin poder ir á la cama!
jamas por tales frioleras
regañé, ni hablé palabra;
y la razon aconseja
que perdonemos las faltas
del próximo, y que él olvide
las nuestras.

D. Diego. Yo perdonára
tu aficion á las botellas,
si solo por ahí pecáras;
mas tu inclinacion perversa,
á otros mil vicios te llama.
Sé que tienes por el juego
una pasion declarada.

Val. Ah! si juego alguna vez
es por no saber que haga.

Quando vos pasais las noches
metido en la negra banca,
escucho como jurais;
y si el juego me maltrata
juro yo del mismo modo:
aunque si bien se rapara,
solo está la diferencia
en jurar vos en la sala,
y jurar yo en la escalera.
Es mi cariño de casta
que os quiere imitar en todo.
Vos en juego, mesa y damas
empleais dias y noches;
yo copio la misma plana.
Y si me hice cortejante,
fue porque vos, cuya fama
alcanza del arte el premio,
me enseñásteis las andanzas:
sin cesar haceis la corte
á negras, rubias y blancas;
Al presente os tiene preso
doña Isabel: esa dama
á quien vos decís que amais.
El por qué no se me alcanza....

D. Diego. No te se alcanza? es posible
que haya quien no rinda el alma
á sus ojos hechiceros?
Mi corazon la idolatra
desde el dia en que la ví
que á su tia visitaba.

Val. Antes obsequiabais fino
á esa tia, á doña Fausta,
á pesar de ser tan loca.
La eleccion me acomodaba;
porque ademas que sus pesos
de mil penas nos sacáran,
yo encontraba conveniencia
en cortejar la criada,
mientras que vos á la tia;
y de esto en limpio se saca....

D. Diego. Que estás haciendo el doctor,
y eres un necio de marca.
Por no oir mas desatinos,
ni darte á decirlos causa,
mando cojas la maleta
y la lleves.

Val. Si yo hablara
sobre semejante asunto....

D. Diego. Haz lo que te mando, y calla.

Val. Hablo yo lo mismo que otro.

D. Diego. Qué maleta es esa?

Val. Rara
pregunta! es la vuestra.

D. Diego. No se le parece en nada.

Val. A mí me pasó otro tanto:
al principio yo pensaba
del mismo modo; mas viendo
en letra distinta y clara
que el sobre era para vos,
no tuve reparo en nada.
Y si no, leedlo vos mismo:
dice estas propias palabras.
"*Al señor Mendoza: Madrid.*"

D. Diego. Tienes razon: mas con todo,
aunque el sobreescrito canta,
la letra la desconozco.
En fin, la maleta.... vaya,
vuelvo á decir que no es mia.

Val. Cierto; mas parece hermana
de la vuestra.

D. Diego. Qué apostamos
á que has hecho una entruchada?

Val. Por tan necio me teneis
que en eso me equivocára?
acordaos de que quando
con la licencia firmada
dexamos el regimiento,
hicimos la noche en Zafra

que fue el último meson.
Que allí porque nos pesaba
para correr con la posta,
dexamos encomendada
la maleta al ordinario;
y porque no se trocára,
mandé yo mismo poner
el sobre: no sé que haya
procedido mal en esto.

D. Diego. Abrela pues sin tardanza,
y saldremos de la duda.

Valentin saca un manojo de llaves.

Obedezco... cosa extraña!
la llave no quiere entrar.

D. Diego. No te pares, descerraja;
rompe candado y barretas.

Val. Pues ha de ser, sea en gracia.
Instrumentemos.

D. Diego. Qué es eso,
qué me miras? qué reparas?

Val. Reparo en que aquí no hay
de vuestra ropa una hilacha.

D. Diego. Qué es lo que dices!

Val. Señor,
un poquito de cachaza,
que como yo no me engañe
aun ganamos en la chamba.
En toda vuestra maleta
discurro que no se hallaba
cosa que valga cien reales.

D. Diego. Cómo así! y aquellas cartas
que me hacian venturoso,
aquellas cartas que daban
del amor de mi Isabela
las pruebas mas acendradas,
quién me las devolverá?

Valentin dándole un atado de cartas.

Para que no sea tanta
la pérdida, ahí van otras
que mitiguen vuestras ansias.

D. Diego tomándolas.

Sabes que los habladores
y que las chanzas pesadas
excitan mi mal humor?

Val. No pensé que os enojára.

D. Diego lee las cartas.

Hagamos el inventario
de todo esto: (*saca un proceso*)
bella alhaja!
sin duda que pertenece
á un noble de la montaña.
(*Saca un vestido de campo.*)
El vestidillo es airoso,
y hecho á la moda, que pasma!
Haré de él un sobretodo
para quando vaya á caza.

D. Diego. Cielos! *ap.*

Val. Qué es lo que os admira?

D. Diego. Es la aventura mas rara
que imaginarse pudiera.

Val. Decid, señor, lo que os pasa:
os sube algo á la cabeza?

D. Diego. Es prodigiosa, es extraña,
tal que no podrás creerla.

Val. Si la verdad lisa y llana
me decís, la creo al punto.

D. Diego. Sabes nací junto á Zafra,
de la sangre mas ilustre
que hay en aquella comarca;
y que viéndome sin padres,
pobre, y con fortuna escasa,
á la edad de quince años
resolví dexar mi patria,
y elegí como mas noble
la carrera de las armas,
y mas conforme á mi genio.
Solo quedó de mi casa
un hermano con un tio,
de condicion tan avara
como rico, segun dicen.
Corrí regiones extrañas

sin mas caudal que mi suerte,
y sin que nunca avisara
mi paradero á mis gentes:
solo por noticias varias
sé que me juzgan por muerto
hace tiempo.

Val. No ignoraba
nada de quanto habeis dicho.
Vuestra madre desgraciada
sé tambien que halló la muerte
al daros vida. Que es tanta
con vuestro hermano gemelo
la igualdad y semejanza,
que los dos os pareceis
como dos gotas de agua.

D. Diego. Tanto, que á cada momento
los mas diestros se engañaban:
nuestro buen padre, tal vez
un distintivo nos daba,
por no padecer engaño.

Val. Mil veces en la campaña
me dixísteis todo eso;
pero con lo que se trata
ahora, qué el caso viene?...

D. Diego. Mira si razon me falta
para admirarme, sabiendo
que es de mi hermano la mala.
Sé que falleció mi tio
por lo que dice esta carta,
y que heredero de todo
á mi hermano le declara
que viene aquí á recogerlo.

Val. Por cierto que es muy fundada
vuestra admiracion.

D. Diego. Escucha
con atencion, y repara
si será justo me asombre.

Lee. "Muy señor mio: espero
„á vm. con impaciencia para ha-
„cerle la entrega de sesenta mil
„pesos que su señor tio le dexó en
„su testamento, y para que efec-
„túe su union con doña Isabelita,
„de la que he dado á vm. noti-
„cia en mis anteriores. El partido
„no puede ser mas ventajoso, y su
„padre don Claudio de Ribera
„desea con ansia la conclusion de
„este negocio. En conseqüencia,
„espero se sirva vm. venir inme-
„diatamente á esta capital, y man-
„dar quanto guste á este su seguro
„servidor, &c." = *D. Hypólito del Olmo.*

El que escribe aquesta carta,
es un honrado escribano,
que en la corte manejaba
los asuntos de mi padre.
Mis sospechas son fundadas
viendo el sobre bien escrito,
el nombre, el tiempo y la data.
Mi hermano para venir,
conforme dice en la carta,
dió sin duda al ordinario
su maleta, y engañada
tu vista por el tamaño,
el nombre y la semejanza
la traxiste por la mia.
Y la conseqüencia clara
que saco de todo esto,
es que mi hermano se halla
en Madrid, ó llega hoy mismo.

Val. Puede ser cierto, y me pasma
ver tan varias contingencias
qué raros efectos causan.
Casualidad! es preciso
que yo un desatino haga,
y éste nos hace felices
si sabemos sacar raja.
En solo un dia encontramos
un tio que á Dios dá el alma,

que dexa muy buenos pesos,
que á vos ninguno os alcanza:
un hermanito gemelo
que viene á cobrar la manda,
y con la sana intencion
de ver si os sopla la dama.
Son cinco ó seis incidentes,
que ellos por sí solos bastan
para aturdir al mas diestro.

D. Diego. A todo hemos de hacer cara;
y el corazon me predice
que de aventura tan rara
hemos de sacar provecho.

Val. Como aceite en la ensalada
los sesenta mil vendrian.

D. Diego. Para que quede lograda
la empresa, es indispensable
que averigües sin tardanza
dónde vive ese notario,
y dónde mi hermano pára.
Vé, no pierdas un instante.

Val. Sabeis mi celo: si se hallan
en Madrid, dentro de una hora
me dan noticias exâctas
los amigos que aquí tengo.

D. Diego. Voy á ver á doña Fausta,
pues sabe volví á la corte,
y es preciso contentarla
con mis fingidos amores,
no teniendo confianza
en el éxîto dudoso
de nuestra novel hazaña.
Tú bien conoces el genio,
la sandez y extravagancia
de esa señora: bien sabes
que es celosa doña Fausta,
en términos que incomoda:
que es loca muy rematada,
amiga de que la adulen,
y la digan que es muchacha,
á pesar de que su edad
empieza ya á ser anciana;
mas con todo, aun no se puede
pensar en desengañarla.
Vé corriendo á lo que importa,
al meson, á la aduana!...
Pero doña Fausta sale.

Vase Valentin llevándose la maleta.

ESCENA III.

Doña Fausta, Felipa, don Diego al paño.

D. Fausta. Qué alegría siente el alma!
hoy veremos á Mendoza.
Qué delicia! no descansa
mi corazon agitado
hasta lograr dicha tanta.
Es regular que por verme
sienta él las mismas ansias.
Dí, qué tal estoy, Felipa?

Fel. Vuestra hermosura arrebata,
eleva, sorprende, admira:
parece que las tres gracias,
y el amor, se han empeñado
en adornar vuestra cara.

D. Fausta. Siempre tuvo en la materia
gusto fino esta muchacha.
viendo acercarse á don Diego.
Mas vos aquí, caballero!
tan pronto no os esperaba.
Quál es la deidad propicia
que apresuró la llegada?

D. Diego. Es el amor.

D. Fausta. Pobre mozo!

D. Diego. Vuestra presencia adorada
sola puede indemnizarme
de la ausencia mas amarga.
Yo no conozco en el mundo
sino á vos, que mas lozana

pueda estar, y mas hermosa,
quanto mas el tiempo pasa,
sin los auxîlios que el arte
suele prestar á las damas.

D. Fausta. Vos os burlais, picarillo!
Mas decidme en confianza,
el amor alguna vez
mi imagen os presentaba?
el retrato que me dísteis
vuestro, qué dulce alhaja!
era el solo que las penas
de la ausencia consolaba.
El que os dí en aquel tiempo
del mismo efecto no es causa?

D. Diego. Ni un momento vuestra imagen
de mi memoria se aparta.
Qué digo! la misma noche
con mas fuerza la retrata.
Esta pasada soñé,
oh ilusion preciosa y grata!
que en el jardin mas ameno
que la fresca aurora ornaba
con recientes florecitas,
el suelo arenoso rasga
un torrente de cristales,
de cuyas olas ayradas
parecia que las ninfas
precipitaban la marcha.
Reposaba yo tranquilo
en lecho de verdes cañas,
quando ví que de repente
del seno de la onda clara,
salíais vos con el semblante,
el talle, el gesto, y la gracia
de la Citerea Diosa.
En vez de carro, os llevaban
en una concha marina,
de oro y nacar esmaltada,
mil cupidos juguetones
que al céfiro abandonaban
estandartes pequeñuelos,
y entretexidas guirnaldas....

Felipa. Ay qué sueño tan bonito!

D. Fausta. Ah! yo te lo ruego, acaba.

D. Diego. Atónito y admirado,
y llena de pasmo el alma....

D. Fausta. Con què decís que era yo
la Venus que allí flotaba?

D. Diego. No hay duda que erais vos misma.
Las potencias embargadas
de espectáculo tan bello,
hácia vos me adelantaba
sin que nada lo estorbase....

D. Fausta. Decidme: qué tal estaba
con el vestido de Diosa?
tenia gracia soberana?
el aire noble y divino?

D. Diego. Tan divino, que no alcanza
mi débil voz á expresarlo:
desde una legua larga
dábais olor de deidad.
En tanto que yo avanzaba
para alargaros la mano,
con repentina mudanza
el jardin se transformó
en una gruta adornada
del arte y naturaleza.
Sosegado en dulce calma
y coronado de flores,
mi tierno amor os pintaba.
Ya os dexábais persuadir:
ya os encontraba más blanda:
mas dispertóme el criado,
que entró para mi desgracia.

D. Fausta. Con quántas veras lo siento!
Imprudencias ordinarias
en los criados. Siempre vienen

quando menos hacen falta.

D. Diego. Mi sueño no está acabado,
y concluirle deseára.

D. Fausta. Muy bien, pero convendría
que el matrimonio afirmára
tan dulces lazos. Entonces
nuestra dicha asegurada
realizarse podría.
Mas me aflige y me acobarda
el temor de que os mudeis.
Los hombres presto se cansan
del matrimonio en el dia,
y así que su gusto alcanzan,
pierden su primer ardor.

D. Diego. Mi corazon tanto os ama,
que durará hasta el sepulcro
el afecto que os consagra.
Si acaso por mi desdicha
vuestra muerte....cruel desgracia!
oh Dios! solo en acordarme....
qué dolor! Señora...qué ansia!...

D. Fausta. Dexemos tan triste idea;
y porque vuestra llegada
celebremos este dia,
á una amiga de confianza
he convidado á comer.
Espero me hagais la gracia
de acompañarnos.

D. Diego. Señora,
vuestra bondad señalada
agradezco; mas ahora
cierto negocio me llama:
voy á despacharlo, y vuelvo

D. Fausta. Id con Dios, mas sin tardanza
dad la vuelta, que os aguardo.

D. Diego. Mi ausencia no será
larga. *vase.*

ESCENA IV.

D. Fausta y Felipa.

D. Fausta. Es mucho lo que me quiere;
mas mi amor bien se lo paga.
A tí qué tal te parece?

Felipa. Es mozo de buena planta.
Su criado Valentin,
que me gusta unas miajas,
no es tampoco mal muchacho.

ESCENA V.

D. Claudio, doña Fausta y Felipa.

Felipa. Alguno hácia aquí adelanta
sus pasos: D. Claudio es.

D. Claudio. Muy buenos dias, hermana.

D. Fausta. Felícisimos, hermano.

D. Claudio. Ahora mismo iba á tu casa
para hablarte de un asunto.

D. Fausta. El mismo fastidio causas
en mi casa que en la calle.

D. Claudio. Quería decirte hermana,
que á tu sobrina Isabel
es necesario casarla,
pues tiene edad competente.
D. Hipólito me acaba
de manifestar su celo,
buscándome las ventajas
de un novio, con quien intento
á la niña colocarla.
Es un joven de talento,
de una presencia gallarda,
y con sesenta mil pesos,
que depositados paran
en poder del tal notario.
Y sé por aquesta carta

que el joven llegará hoy.
D. Fausta. Mucho me alegro.
D. Claudio. Son tantas
las ventajas de esta boda
para toda nuestra casa,
que viéndote en una edad
un si es no es avanzada,
y creyendo no conservas
de enamorarte mas ganas,
he presumido que harías
donacion entera y franca
de todo quanto posees
en favor de esta alianza,
guardándote el usufructo
hasta tu muerte.
D. Fausta. Me encanta
tan magnífico proyecto.
Pues yo no quiero dar nada;
y si así lo has presumido,
no presumírtelo. Vaya!
que no puedo enamorarme!
mi edad es muy adequada
para el matrimonio: cierto.
Y tú me has de ver casada,
y con familia: tú.
D. Claudio. Hermana,
te burlas! con cincuenta años.....
D. Fausta. Cincuenta años yo? qué infamia!
tengo yo tantos, Felipa?
Fel. Qué suposicion tan falsa!
Si siempre son los parientes,
siempre, los que nos ultrajan.
Porque ha vivido algun tiempo,
ya discurren que mi ama
no es joven. Hay gentes tales....
D. Claudio. Pues yo creo hacerte gracia
en el cálculo; y si no,
veamos: la cuenta es clara:
yo tengo mas de cincuenta,
tú eres la mayor hermana,
ergo queda demostrado
en poquísimas palabras.....
D. Fausta. Que el *ergo* y tú sois muy necios.
En mi tez suave y blanca
mi juventud se conoce.
En fin, para que no hagas
mas cálculos, te prevengo
en terminantes palabras,
que me siento muy robusta,
y con salud á Dios gracias,
mas que tu hija y que tú.
Que á pesar de tus marañas
he de asistir al entierro
de mis hijos, los que haya,
al tuyo, al de mi sobrina,
al del novio, y de su casta.
A Dios hermanito: cuenta
que te lo dice tu hermana.
Me entiendes? vamos Felipa. *vas.*

ESCENA VI.

Felipa y don Claudio.

D. Claudio. Lindo genio!
Fel. Si se trata
otra vez de esa materia,
vos ó no digais palabra,
ó ved la fe de bautismo
mas despacio, pues mi ama
ha de ser á pesar vuestro
linda, bonita y muchacha;
y qualquier inteligente
sostendrá verdad tan clara. *vase.*

ESCENA VII.

D. Claudio.

D. Claudio. Sobre poco mas ó menos
ya recelé lo que pasa,

y busqué el remedio á tiempo.
Porque quede asegurada
mi intencion en lo posible,
voy á buscar á su casa
al notario, y como el novio
sea qual dice la carta,
terminaré quanto antes
esta boda deseada.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

D. Diego y Valentin.

Val. A vuestro hermano encontré,
aunque con mucho trabajo:
recorrí medio Madrid;
fuí al meson del ordinario,
á la posta, á la aduana:
nada....no podia hallarlo.
Pero en recompensa de eso,
no he dado tan solo un paso
sin que algun acreedor
se me haya presentado.
Uno de ellos es aquel
marqués andaluz bizarro
que nos prestó cien doblones.

D. Diego. Ya me tiene avergonzado
deber cantidad tan grande
á un hombre que fue tan franco
conmigo; pero resuelvo
destinar para su pago
el dinero que recoja
primero.

Val. Muy bien pensado.
No sabiendo qué partido
tomar, dirigí mis pasos
otra vez á la aduana,
donde encontré á vuestro hermano
rodeado de escribientes,
y hecho de cólera un diablo
por el trueque de maletas.
No he podido equivocarlo
al verle: la semejanza
de que vos me habeis hablado,
es tal que parece increible.
El mismo talle el de ambos:
el mismo aire: las facciones
semejantes, que es un pasmo.
Pero está la diferencia
en que él es grosero, basto,
regañon, y de mal genio,
mientras que vos al contrario
sois político y afable.
Se ve que no ha respirado
el aire fino de corte,
ni su lugar ha dexado
desde que nació hasta ahora.

D. Diego. Es cierto, mas no es extraño
que no tenga los modales
con que brilla un cortesano,
pues nunca estuvo en Madrid.

Val. Desde léjos he mirado
su contienda; y al salir
le ofrecí con agasajo
mis servicios: le adulé;
y al fin, hice y dixe tanto,
que pienso que está resuelto
á tomarme por criado.
Me preguntó si hallaría
posada en aquestos barrios;
yo, que tengo en la cabeza
proyectos agigantados,

le dí las señas de aquella,
y prometió dentro un rato
venir á verse conmigo.
D. Diego. Esos proyectos sepamos
que formaste.
Val. La fortuna
su ceño ha desarrugado,
y queriendo aprovecharla,
me ha ocurrido que empleando
la semejanza admirable
que hay entre los dos hermanos,
podíais pillar la novia
pidiéndosela á don Claudio,
extraer tambien los pesos
de manos del escribano,
y eran dos golpes maestros.
D. Diego. Sí por cierto.
Val. He calculado
que la empresa no es dificil.
Damos la tia al hermano,
vos casais con la sobrina,
y con Felipa me calzo.
D. Diego. El proyecto es atrevido,
qué haremos para lograrlo?
Val. Dexar luego el uniforme,
y tomar el trage opaco
y triste de un heredero.
El aire, así.... entreverado,
entre alegre y afligido.
Qué tal estais enlutado?
D. Diego. Si es en clase de heredero
no lo sé, pues ni un ochavo
tuve jamas por herencia.
Val. Haced visita al notario
con la carta, y con semblante
doliente y desconsolado,
que él no dudará de nada.
Lo mas principal del caso,
es que pilleis el dinero.
D. Diego. Y he de engañar á mi
hermano?
tengo un cierto escrupulillo...
Val. Es un escrúpulo vano
y ridículo. No importa
que vos cobreis el legado,
despues le dareis su parte,
y queda corriente el caso.
Puede que si él lo tuviera
no pensára con tal garbo.
D. Diego. Si por algo lo deseo,
es solo porque así alcanzo
la posesion de Isabela.
Yo la adoro, y he logrado
que fina me corresponda;
mas no dí siquiera un paso
por pedírsela á su padre,
pues siendo un pobre soldado,
sin mas bienes que mi espada,
no fuera consejo sano
arruinar mis esperanzas.
Por otra razon retardo
la execucion.
Val. Y qual es?
D. Diego. Nada menos que haber
dado
un papel á doña Fausta,
en que la ofrezco mi mano
con mi firma.
Val. Friolera.
Dexad el temor á un lado,
que eso no importa: no es nada!
Si hubiéramos de casarnos,
tanto como prometemos,
al cabo de algunos años
tendríamos mas mugeres
que el gran turco en el serrallo,
por eso no os detengais.
Mas el tiempo no perdamos:
id al momento á poneros
de negro de arriba abaxo:
teneis cortado el cabello
igual al de vuestro hermano.

Veré si cierta casaca
me quieren dar de prestado
de la hechura de la suya.
No tardeis, id á enlutaros.
D. Diego. Y qué dirá doña Fausta,
que á comer me ha convidado?
Val. Qué comer! eso mañana
lo podreis hacer despacio.
Pero si no me equivoco...
idos, que por este lado
vuestro hermano viene. Pronto,
señor, apretad el paso.
D. Diego. Mas dime....
Val. Qué he de decir?
ya quedareis enterado
de todo.

ESCENA II.

Mendoza y Valentin.

Val. Sed bien venido.
Os aguardaba hace rato,
por cumplir con mi palabra.
Mend. Gracias á Dios que he llegado,
que creí no conseguirlo.
Qué pueblo este, cielo santo!
Qué infierno! qué algarabía!
quatro mil vueltas he dado,
y nunca jamas me he visto
en aprietos tan extraños.
No puede un hombre moverse
sin estar expuesto á un chasco.
A un lado los alguaciles
llevando un preso amarrado
insultan á los que pasan,
y procurando evitarlos,
se tropieza con un coche
que le llena á uno de barro,
ó le estruja contra un poste.
Allá un gallego inhumano
me estropea con su carga,
y al querer ponerme en salvo,
se atraviesa un aguador
con su cuba, ó el caballo
de un tahonero: qué gritos!
qué confusion! Los diablos
en este maldito pueblo
su domicilio han fixado.
Val. Oh! Madrid ha sido siempre
pueblo muy alborotado.
Mend. Cómo! mas quisiera estar
metido entre presidiarios.
En el monte de Torozos
se está menos arriesgado.
Apenas llego me quitan
(la fe pública violando)
mi maleta, y me dan otra
que no vale quatro quartos
ni ella, ni lo que está dentro.
Todo se vuelve guiñapos,
y billeticos de mozas.
Val. Es preciso gran cuidado
en esta tierra.
Mend. Lo veo;
pero seré mas taimado
en adelante; y fortuna
que al apearme del carro
embolsillé mi dinero.
Val. El hombre que es avisado
se conoce en la ocasion.
Mandé preparar un quarto,
y una cama en la posada:
decidme, pensais quedaros
mucho tiempo en esta corte?
Mend. Si quereis que os hable claro
todo lo menos que pueda,
porque vengo á ser casado.
Val. Un asunto semejante
no suele quedar zanjado
en solo un dia.
Mend. He venido
tambien para hacerme cargo

de unos sesenta mil pesos
en Madrid depositados,
que un cierto tio que tuve,
y de tener he dexado
porque se empeñó en morirse,
me hizo de ellos legatario.
Val. Todos para vos?
Mend. Seguro:
pues aunque tuve un hermano
me libertó de él la guerra.
Hace cerca de veinte años
que en lo mejor de su vida
emprendió el viage largo
del otro mundo, y no ha vuelto.
Val. Téngale Dios en descanso,
y á vos os dé buen suceso
en quanto emprendais. Si acaso
quereis valeros de mí,
no teneis mas que mandarlo,
que á servir á mis amigos
siempre dispuesto me hallo
sin interes.
Mend. No sabeis
el caballero don Claudio
de Ribera dónde vive?
Val. Ninguno puede enseñaros
su casa mejor que yo.
Si quereis, al punto vamos.
Teneis asuntos con él?
Mend. Sí: conoceis á un notario
que se llama don Hipólito?
Val. Sí señor; y nos tratamos
como amigos hace tiempo.
Podemos ir á buscarlo
quando vos determineis.

ESCENA III.

Felipa, Mendoza y Valentin.

Val. Mas qué veo, cielo santo! *ap.*
Felipa viene, y de un golpe
da en tierra con mi trabajo.

Felipa á Valentin.

Fel. Qué haces ahí, estafermo?
La sopa se está pasando,
mi ama se desespera.....
á Mendoza que cree ser don Diego.
Vos aquí! me alegro hallaros.
Mend. Os alegrais! ¿y por qué?
Felipa. Porque os andaba buscando
á saber en qué consiste
que tardeis en venir tanto.
Mi señora está admirada....
Qué es ese negro aparato?
Qué significa ese trage?
por cierto, no habeis tardado
en vestir luto: decidme,
¿es ese trage arreglado
para asistir á un convite,
ó habeis concurrido acaso
con vuestra vela á un entierro?
Mend. La curiosidad alabo. *ap. alto.* qué os inporta? este es mi gusto.
ap. á Valentin.
segun lo que voy notando,
las mugeres son curiosas,
y de gran desembarazo.
Val. Es el humor del país:
no las cuesta gran trabajo
armar con los forasteros
pretexto de hablar un rato.
Fel. Mi celo, señor, no puede
dispensarme este cuidado,
porque mi señora os ama,
y yo de imitarla trato.
Mend. Me ama á mí vuestra señora?
Fel. Podeis acaso ignorarlo?
Mend. Que me corte el moro Muza
la cabeza de un sablazo,
si jamas supe tal cosa.
Fel. Varias pruebas os ha dado;
y si las quereis mas fixas,

os dará palabra y mano
de esposa quando querais.
Mend. De esposa á mi? qué diablos!....
Fel. A vos...
Mend. A mí?
Fel. Ciertamente.
Siempre creo habeis pensado
ponerlo en execucion.
Mend. La propuesta me ha gustado.
aparte á Valentin.
La tal niña tiene traza
de agenta de contrabandos.
Valentin á Mendoza.
Sí: las señas son mortales.
Fel. En tiempo que habeis estado
ausente, se han ofrecido
diversos enamorados
por maridos de mi ama;
mas todos se despreciaron,
por preferir á Mendoza.
Mend. Quién mi nombre os ha enseñado?
Fel. Quien á vos os dixo el mio.
Mend. Ni sé quién sois, ni os conozco.
Fel. A qué es fingir? yo me llamo
Felipa, y estoy sirviendo
á la hermana de don Claudio,
y os ví en la casa mil veces.
Mend. Vos sois su criada?
Fel. Es claro.
Mend. Lo siento á fe de quien soy,
porque estais exercitando
una malísima escuela.
Fel. Dexemos chanzas á un lado.
Vuelvo á decir que mi ama,
á comer está esperando.
Y porque esteis mas alegre,
á una amiga ha convidado,
bonita, y de buen humor,
que vive en el mismo barrio.
Mend. Lindísima profesion
está tu ama practicando.
Felipa á Valentin.
Valentin, dime que es esto?
qué nuevo vapor le ha dado
que le trastorna los sesos?
Valentin á Felipa.
Hace cosa de medio año
padece estas distracciones.
Muchas veces está hablando,
y dice cosas tan raras.....
Le acometen unos raptos
que parece que delira.
Fel. Pues hablaba como un sabio
hace poco: y es posible
que sin juicio haya quedado
y sin memoria tan pronto?
á Mend.
Quereis hablar concertado.
y responder sí, ó no?
Mend. Y á vos qué tema os ha dado,
qué manía ó borrachera
para estarme atormentando
hace dos horas y media
con desatinos tan altos?
Qué significa esa xerga
de la hermana de don Claudio,
de una muger que me adora,
de una amiguita del barrio,
de una comida, una esposa,
y otros cincuenta desbarros
á qual mas extravagantes,
y de los que entiendo tanto
como si el álgebra en griego
me estuvieran explicando?
Fel. No quereis comer en casa
ni venir?
Mend. No con mil diablos.
Decid á vuestra señora,
que puede tender sus lazos
á otros pájaros, no á mí.

Y vos que estais practicando
el empleo de emisaria,
ved lo que haceis: ved que es malo
comunmente el paradero
de las que andan esos pasos.
Aprovechad este aviso.
Fel. Voy al instante á contarlo,
ni mas ni menos á mi ama.
A ver si teneis descaro
para decirla en sus barbas
un dicho tan insensato.
á Val. Adios digno confidente
de un indignísimo amo:
no tardaremos en vernos.
Este hombre está menguado, *ap.*
no le conozco, ni sé
lo que por mí está pasando. *vase.*

ESCENA IV.

Mendoza y Valentin.

Mend. Qué pueblo este! qué país!
ya me habian informado
de que en Madrid las coquetas
se enteraban muy de espacio
de todo recien venido,
para poder atraparlo.
Val. Fueron sin duda á saberlo
donde pára el ordinario.
La habrán dicho vuestro nombre,
y que venís á casaros,
y á recoger una herencia.
Mend. Justamente: ahora caigo
en que allí lo habrán sabido;
pero su ardid he burlado,
y el que pretenda engañarme,
ha de ser fino lagarto,
que yo no duermo en las pajas.
Val. Señor, no permanezcamos
mas tiempo en este parage:
tienen aquí un cierto taco,
un no se qué....las mugeres,
que á un corazon de guijarro
le ablandan como una breva.
Mend. Es muy buen consejo: vamos.

ESCENA V.

Doña Fausta, Felipa, Mendoza y Valentin.

D. Fausta á Felipa.

No: yo no puedo creer
eso que me estás contando.
Fel. Allí le teneis: habladle,
y vereis si yo os engaño.
Doña Fausta á Mendoza creyéndole don Diego.
Por cierto que me sorprende
ver que estais tan sosegado,
mientras yo de que vengais
en impaciencia me abraso.
La comida nos espera,
y sabeis que el mejor rato
que disfruto es quando os veo.
Mend. Señora....estoy admirado...
de la admiracion....que causa
el veros....tanto mas quanto....
no creí ver lo que veo.
Porque....si bien que los años
marchitaron....un poquito....
vuestra belleza, y encantos....
y á pesar....que....*ap.* Por quien soy,
que no sé lo que me hablo.
D. Fausta La turbacion en que os miro,
y ese trage, me están dando
de alguna desgracia indicio.
Decidme, qué os ha pasado?
Nada oculteis, hijo mio:
os sucedió algun fracaso?

habeis tenido algun lance?
os habeis desafiado?
Mend. Yo nunca me desafio.
D. Fausta. Quanto tengo y quanto valgo
es vuestro: disponed de ello.
Entre dos enamorados
con fin honesto, no debe
haber nada separado:
todo debe ser comun,
tanto penas y quebrantos,
como placeres y dichas.
Yo participar aguardo
del destino que os tocare,
sea bueno, ó sea malo.
Mend. De que seais tan comun
os quedo muy obligado;
mas vuestra comunidad,
para nada me hace al caso.
D. Fausta Qué decis? que no os entiendo:
Felipa á doña Fausta.
Ahora parece un sabio;
y quanto á vos os ha dicho
son tortas y pan pintado.
Valentin ap. á doña Fausta.
Algunas veces chochea.
Doña Fausta á Mendoza.
Ya es tiempo de que vayamos
á comer.
Mend. No puedo ahora:
estoy bastante ocupado.
D. Fausta. Eso es cosa diferente;
no quisiera importunaros;
mas esa frialdad vuestra
me llena de sobresalto.
Mend. ap. Se dará aprension mas rara!
á Doña Fausta.
Pasad señora y dexadnos,
yo jamás por vos estuve
ni frio ni acalorado.
Fel. Qué insolencia! qué descoco!
seguid con ese descaro;
mas por quien soy os prometo
que hallareis cara de palo
como volvais á la casa.
Mend. Si por ir jamas doy paso,
consiento para castigo
de disparate tan craso,
que la puerta se desplome,
y me dexe espachurrado.
D. Fausta. Pero de dónde venís?
no pretendais ocultarlo.
Mend. Bien lo sabeis, no finjais.
No fuísteis á preguntarlo
al meson en donde pára
el carro del ordinario?
D. Fausta. Yo preguntar! qué decís?
de qué carro estais hablando?
Mend. Del carro mas insufrible
en que jamas subió humano.
No habrá ninguno en el mundo,
de movimiento tan malo,
ni mas capaz de estropear.
Doña Fausta á Felipa.
Felipa, está delirando:
sin remedio pierde el seso.
Fel. Pues no pierde demasiado.
Todo eso lo hace el vino:
yo creo que está borracho.
Mend. Ya me falta la paciencia.
Yo vine aquí con encargo
de arreglar asuntos graves;
no para ir de convidado
á comer con mugercillas,
que como vos van buscando
aventuras por el mundo.
D. Fausta. Mugercillas! cielo santo
qué dicterios, qué palabras....
Fel. Mugercillas! voto á tantos,

insignísimos bribones.....
Señora, hemos de pelarlos
para vengar nuestra honra.
Mend. Poco á poco: moderaos,
y valga un cacho de flema.
Fel. Jamas me he sentido el brazo
con tanta fuerza. Señora,
yo me encargo del criado,
á vós toca el amo. Firme!
Val. huyendo. En esto no entro ni salgo,
ni quiero reñir contigo.
Tengo yo la culpa acaso
de que os traten tan sin modo?
D. Fausta. Desgraciada! qué mal pago
recibo de mi ternura
por declararla á un ingrato!
Felipa, tú bien lo sabes.
Fel. Pérfido! hombre malvado!
tu corazon no se ablanda?
Mend. Vaya: haced por consolaros.
Si ese amor vino tan pronto,
se irá por los mismos pasos.
D. Fausta. Ya no esperes mas de mí
que rigor, odio inhumano. *vase.*
Mend. Muy bien: sin vuestros favores
como hasta aquí iré pasando.

ESCENA VI.

Felipa, Mendoza y Valentin.
Felipa á Mendoza.

Que no te trague el abismo,
hombre traidor, hombre falso!
Si yo hiciera lo que debo,
ya estarias ahogado.
O las brujas, ó los duendes, *ap.*
los sesos le trastornaron:
no es el mismo. *vase.*
Mendoza, siguiéndolas un corto trecho.
Adios, princesas!
otra vez tened cuidado
á quién tendeis vuestras redes.

ESCENA VII.

Mendoza y Valentin.

Qué desenfreno tan raro!
pero no obstante confieso
que el demonio me ha tentado.
Me enterneció la criada
con su carilla y su garbo.
Val. Resistísteis bravamente,
es preciso confesarlo,
y vuestra virtud, señor,
merece el mayor aplauso.
Mas entremos si os parece,
y de ese modo evitamos
que nos persigan de nuevo.
Si quereis mandarme algo
estoy dispuesto á serviros.
Mend. Yo quisiera sin embargo
ir luego á ver á mi novia.
Por curiosidad lo hago
mucho mas que por amor.
Val. Ved primero vuestro quarto,
que despues yo os guiaré.
Mend. Hasta luego *vase.*
Val. Al punto marcho
á buscar á mi señor.
Antes que todo sepamos
en qué estado estan las cosas,
si se puso luto mi amo,
si le va bien, y qué ha hecho.
Firme, Valentin: cuidado:
valor, y resolucion:
ojo listo, y pies de gamo.

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

D. Diego de luto, y Valentin.

Val. Señor, aturde y admira
lo mucho que se asemeja
vuestro hermano á vos. Vestidos
de luto, no habrá quien pueda
distinguiros uno de otro.
Aun yo, si posible fuera,
temería equivocarme.
Y porque así no suceda,
os pondré una señalita;
dadme el sombrero.
D. Diego. Qué intentas?
Val. Imitar á vuestro padre,
el qual con mucha prudencia,
por no engañarse os marcaba.
D. Diego. Yo creo que te chanceas.
Val. Nada de eso: tambien yo
equivocarme pudiera.
D. Diego. Ya se equivocó el notario:
me recibió con franqueza,
y ofreció darme la suma
dentro de una hora.
Val. De veras?
de los sesenta mil pesos
resuelve haceros la entrega?
D. Diego. Nada menos.
Val. Qué buen hombre!
Más sabed que hubo reyerta
por esa equivocacion.
Doña Fausta, en la creencia
de que érais vos vuestro hermano,
quiso que fuera con ella
á comer; pero el gemelo
absorto, y hecho una pieza,
no sabiendo qué pensar,
sospechó que era una treta
que armaban á su virtud,
y la trató de manera
que la muger le temió.
Por poco no pone en ella
las manos: los sosegué
con dificultad inmensa;
pero por fin evité
sucediera una tragedia.
D. Diego. Es posible que mi hermano
de mí no tenga sospecha?
Val. Si os cree muerto hace un siglo,
cómo quereis que la tenga?
no temais; por mas que hagamos,
nunca será descubierta
la causa de nuestro embrollo.
D. Diego. La aventura es estupenda,
y á mí mismo me dá risa;
mas ya es tiempo de que vea
á mi suegro, y de que sirva
al amor. Llama á la puerta.
Valentin llama á la puerta de don Claudio, que sale.

ESCENA II.

D. Claudio, don Diego y Valentin.

Val. Caballero, sois acaso
don Claudio de la Ribera?
D. Claudio. El mismo soy.
Val. Yo me alegro
de encontraros. Aquí llega

mi señor, que ha poco vino
de Zafra, y casarse piensa
con Isabel vuestra hija.
Su familia en línea recta
desciende de los Mendozas.

Don Claudio á don Diego.

Amigo! quánto celebra
mi amistad vuestra venida!
sirva este abrazo de prueba.

D. Diego. Con mucho gusto le acepto;
pues mi placer manifiesta,
y el respeto fiel de quien
ser hoy vuestro yerno espera.

D. Claudio. Me encantan vuestros modales,
vuestro talento y presencia;
ojalá mi buen amigo
vuestro buen tio viviera,
y presenciara esta boda,
fuera mi dicha completa.

D. Diego. Ah señor! no recordeis
la triste y funesta idea
de un tio que tanto amé.
Valentin dirá mi pena,
las lágrimas que á su muerte
he vertido.

Val. Dios le tenga
gozando de su descanso.
Seguramente nos llena
de dolor esta memoria,
sí señor; pero ya era
de una edad muy avanzada.

D. Claudio. No era viejo: cincuenta
años poco mas ó menos:
sobre corta diferencia
tenia la edad que yo.

Val. Eso es segun se entienda:
quiero decir que era viejo,
por su complexîon enferma.
Siempre se estaba quejando....

D. Claudio. Pues ignoro que tuviera
todo el tiempo que vivió
otra enfermedad que aquella
que le privó de la vida.

D. Diego. Era de gran fortaleza,
y robusto como un hierro.

Val. Es cierto, mas como quiera...
suele suceder que... al cabo...

Don Diego á Valentin.

Calla.

D. Claudio. Veo que renueva
vuestro dolor esta plática;
hablemos de otra materia
mas alegre y divertida.
Voy á hacer que al punto venga
Isabel, me lisonjeo
de que complaceros puedan
su educacion y persona.

D. Diego. Fuerza será que intervenga
el deber en favor mio,
pues hago muy poca cuenta
de mi mérito.

D. Claudio. Mal hecho,
debeis contar: yo sé que ella,
al punto que os presenteis,
de vos quedará contenta.
Yo sé bien lo que me digo.
Ademas de que á Isabela,
la rijo y doblo á mi gusto,
qual si fuera blanda cera.
Aun quando no la gusteis,
(cosa que dudo que sea)
soy su padre, y porque veais
cómo mi gusto respeta,
ocultaros un instante:
de esa suerte sin que os vea
podreis oir lo que dice. *vase.*

ESCENA III.

Valentin y don Diego.

D. Diego. Vete al punto á ver si encuentras
á mi hermana, y sobre todo
evita lo mas que puedas
que vaya á ver al notario.

Val. Está bien: mas si se empeña
en que ha de ver á su novia,
no habrá fuerzas le contengan.
Por lo qual soy de opinion
que en requiebros y ternezas
no desperdicieis el tiempo.

D. Diego. No hayas miedo me detenga
largo rato: vé, despacha.

ESCENA IV.

Don Claudio, Isabela, y Don Diego al paño.

D. Claudio. Acércate acá, Isabela.

Isab. Qué me quereis, padre mio?

D. Claudio. Hablarte de una materia
que te interesa. Un sugeto
dotado de buenas prendas,
caballero de provincia,
pero de gentil presencia,
viene á casarse contigo.

Isabel aparte.

Qué es lo que oigo!

D. Claudio. Sus riquezas,
y el lustre de su familia,
todos mis deseos llenan,
te agradará su persona:
es una gran conveniencia,
y no debes despreciarla.

Isab. Que no prosigais os ruega
mi amor. Permitidme os diga
sin faltar á la obediencia
que no deseo casarme.

D. Claudio. De dónde nace esa nueva
aversion al matrimonio?
No hablabas de esa manera
antes.

Isab. No puedo negarlo.
Mas con los años se aumenta
la reflexîon. Sé los riesgos
que al matrimonio rodean.
Quasi todos los maridos
en algun extremo pecan
de celosos, ó inconstantes.
Pretende que condescienda
su muger con sus caprichos;
y aquellos en quien se encuentran
pocos vicios son quien mas
á la perfeccion se acercan.

D. Claudio. Este tal te gustará
al instante que le veas.

Isab. Ya le aborrezco sin verle.
A mí me basta que sea
caballero de provincia
á que sufrirle no pueda,
aunque fuera un potentado.

D. Diego á Isabel.

Vuestro enojo se suspenda;
perdonad al desgraciado
con quien uniros intentan.
Puesto que le aborreceis,
otro se hallará que pueda
mereceros y serviros
conforme á vuestras ideas.

Isabel aparte.

Santo Dios! qué es lo que veo!
Es Mendoza? qué sorpresa!
Él es sin duda: es mi amante.

Don Claudio á don Diego.

Me causa la mayor pena
ver que un capricho imprudente

cause esta desobediencia.
Si quereis, sabré obligarla...
D. Diego. No, no quiero que la fuerza
la obligue á sacrificarse.
Mil veces morir quisiera
antes que hacerla infelíz.
Don Claudio á Isabel.
Repara bien: considera
qué esposo te destinaba.
Un mozo como una perla,
de ilustre cuna, talento,
y muchísimas pesetas.
D. Diego. Mucho subió mi esperanza,
ya el castigo experimenta.
Isab. Cómo! es este caballero
el que queríais que fuera
mi esposo?
D. Claudio. Seguramente;
si tus simplezas no dieran
por tierra con mis proyectos.
Isab. Si he decir con franqueza
lo que siento, me parece
que desde que le ví cesa
mi prevencion contra él.
D. Claudio á don Diego.
Ved la autoridad paterna
quántos prodigios alcanza.
D. Diego á Isabel.
Me mirais ya mas risueña?
ha cesado vuestro odio?
Isab. Es mi padre quien lo ordena,
y es mi deuda obedecer.

ESCENA V.

Doña Fausta, don Diego, don Claudio y Isabel.

Doña Fausta á don Diego.
Traidor! con qué desvergüenza
te atreves en este sitio
á sostener mi presencia?
Despues de haberme tratado
de vieja y aventurera,
de un corazon irritado
el justo furor no tiemblas?
D. Diego. Yo, señora, no os entiendo.
Y es fuerza que me sorprendan
vuestras razones. Qué causa
pude dar á tanta queja?
Vos me equivocais con otro.
D. Fausta. Qué bien finges la sorpresa,
alma doble, alma traidora!
tú con mentidas ternezas
me engañabas; pobrecita!
mientras yo fina y sincera
mi corazon te entregaba,
sin presumir que cupiera
tanta perfidia en el tuyo.
D. Diego. Me honrais con vuestra fineza
mas de lo que yo merezco.
Pero me quedo en tinieblas
de todo quanto habeis dicho.
D. Claudio. Yo lo mismo. Sola ella
se entenderá. Dime, hermana,
qué nueva rareza es esta?
Explícate con mil santos.
D. Diego. Cómo! es hermana vuestra
esta señora?
D. Claudio. Sin duda;
y á fe que de ello me pesa;
pues teniendo mas edad,
no por eso es mas discreta.
á doña Fausta.
Dí, qué espíritu maligno,
qué aprension te hace que vengas
á dár al señor escándalo,
y á quitarle la paciencia

á un hombre que no te ha visto
ni conoce, ni desea
conocerte, ni le pasa
tal cosa por la cabeza?

D. Fausta. No me ha visto? tú estás loco!
dos años ha que me obsequia,
y disfruta mis doblones;
y á no haber habido en mí
compasion de su miseria,
hubiera servido á pie
toda la guerra postrera.

D. Claudio. No dixe yo que es demente?

D. Diego. Y si no, mienten las señas.

D. Claudio. Yo os lo aseguro; creedlo.

D. Diego. Yo me voy porque no tenga
esta señora motivos
de decir mas insolencias.
Quando sepa que se ha ido
daré por aquí la vuelta.

D. Claudio. No hagais caso; antes fingid
que os prestais á sus ideas.

D. Diego. Permitidme que me ausente:
despues dexaré completa
mi visita. *vase.*

doña Fausta corre tras él.

No te escapas.....

ESCENA VI.

Doña Fausta, don Claudio y Isabela.

D. Fausta. Ya entiendo la estratagema;
vosotros dos pretendeis
quitármele? ni por esas.
He de casarme con él,
aunque él mismo no quisiera,
á pesar del padre, la hija,
de toda la parentela,
y aun á pesar de mí misma. *vase.*

ESCENA VII.

D. Claudio y Isabela.

D. Claudio. Qué agitacion la atormenta,
y la obliga á incomodarnos?
Yo creo que su cabeza
está peor cada dia.

Isab. Ya causa cierta vergüenza
ver sus disparates.

D. Claudio. Temo
que tantas impertinencias
no hayan causado desgracias.

ESCENA VIII.

Mendoza, Valentin, don Claudio y Isabela.

Valentin á Mendoza al paño.

Sí señor: allí se encuentran
juntos la hija y el padre.

D. Claudio á Mendoza creyéndole don Diego.

Excuse vuestra prudencia
las sandeces de mi hermana;
disimulad sus rarezas;
mi hija y yo lo suplicamos.
Sabeis que siempre se encuentran
genios de contradiccion,
y que en todas las familias
hay muger joven ó vieja
que destempla la armonía.

Mend. Cierto.

D. Claudio. Pronta fue la vuelta:
mucho me alegro.

Mend. Yo vengo

á ofrecerme á la orden vuestra,
y á unirme con una dama
llamada doña Isabela,
de la que dicen sois padre.

D. Claudio. Ya os dixe cuanto celebra
mi amistad esta alianza.
La Isabel está contenta,
y une el amor al deber;
y aunque al principio sintiera
un poco de repugnancia,
la calmó vuestra presencia.

Mend. Con que ya nos hemos visto
alguna vez?

D. Claudio. Cosa es cierta!
Hace muy poco que os fuísteis,
y contento en apariencia.

Mend. Quién? yo me fuí? yo contento?

D. Claudio. Lo dudais? esta es mas negra.
Estábamos muy alegres
juntos, aquí en conferencia,
quando mi bendita hermana
vino, y dió con todo en tierra.
Qué! tan pronto lo olvidais?

Mend. Uno de nosotros sueña.
He visto yo á vuestra hija?
cómo quereis que tal crea?
en qué sitio? cómo? quándo?

D. Claudio Aquí mismo, habrá tal tema!

Mend. Vos teneis el seso vuelto,
ó quereis que yo le tenga;
y este modo de empezar
no me gusta, con franqueza.
Por fin, ya la veo ahora,
y que sea la primera
ó la quarta vez, no importa,
ni à nuestra boda interesa.

don Claudio aparte.
Al principio tenia trazas
de hombre de mejor cabeza.

Mendoza á Isabel.
Señorita, me han pintado
por cartas vuestra belleza;
y cierto, no me mintieron.
Mas para poco aprovecha
hermosura sin talento.
Quando oiga vuestra respuesta,
os diré yo mi concepto.

Isabel aparte.
Ha perdido la chaveta!
no le conozco!

Mend. Yo aprecio
mas que nadie de la tierra
á la gente de talento.
El que yo tengo es sin ciencia;
natural, pero muy grande.
Y juzgo por cosa cierta
que el estudio es el camino
mas breve que hallarse pueda
para corromper á un joven,
é inútil á toda prueba.
Así, jamas abro un libro;
y un noble que quando empieza
á vivir sabe cazar
con red y con escopeta,
beber y firmar su nombre,
tiene ya la misma ciencia
que el difunto Ciceron.

D. Cl. Ya tendreis la intencion hecha
de pretender un empleo
por las armas ó las letras?

Mend. Estoy bastante indeciso.
A no ser porque sujeta
demasiado, me gustára
un empleo por las letras.
Las armas me agradan mucho,
y siguiera esa carrera,
á no ser porque unas gentes

en la astrología diestras
me han prometido cien años
de vida; que es cosa buena.
Pero como los guerreros,
rara vez tan lejos llegan,
aunque mi nombre famoso
por la Europa se extendiera,
me gusta mucho el vivir,
y es mejor seguir mi estrella.

Val. Eso es saber discurrir.

Isabel aparte.

Es el mismo que antes era?
qué discurso! qué sandeces!
qué despreciables ideas!

Mend. Teneis algo, señorita?
parece os causa sorpresa
lo que de decir acabo,
qual si un desatino fuera.
Acá para entre nosotros,
me parece que dais señas
de hacer poquísimo caso
de todas las reprimendas
que os puede dar vuestro esposo.

Isab. Sé los deberes y reglas
que han de observar las casadas.

Mend. Os creo prudente, honesta,
y muy llena de virtudes.
Pero esas miradas tiernas,
esos ojos picarillos.....
no sé qué misterio encierran
que no ofrecen nada bueno...
yo saco por conseqüencia
que para alguna catástrofe,
sin duda que me reservan.

D. Claudio. No temais: de sus principios
no se apartará Isabela.

Isab. Que se digan cara á cara *ap.*
proposiciones tan necias!

á don Claudio.

Permitid que me retire:
el señor me lisonjea
demasiado, y en sus dichos
me hace ver lo que me aprecia. *v.*

ESCENA IX.

D. Claudio, Mendoza y Valentin.

D. Claudio ap.

Creí tuviera mi yerno
crianza menos grosera

Mend. Las señoritas no estiman
á los que hablan con franqueza.

Val. Y vos no las adulais.

Mend. Siempre publíca mi lengua
lo que siente el corazon,
y no hago diferencia
para decir la verdad
entre amigas ó parientas.

D. Claudio. Bien hecho, así debe ser.
Mi amistad de vos espera
que os hospedeis en mi casa.

Mend. Estimo la atencion vuestra,
mas por ahora es preciso....

D. Claudio. Pretendereis que consienta
que esteis en una posada?
Oh! sería una vergüenza.....

Mend. Dexad que por algun tiempo
viva segun me parezca.

D. Claudio. Está bien. Vaya, tener
todas las cosas dispuestas
para la boda. *ap.* Mi yerno
parece un solemne bestia,
pero tambien sus doblones
me traen mucha conveniencia. *v.*

ESCENA X.

Mendoza y Valentin.

Mend. Ya hemos visto al dulce objeto

que á ser mi esposa se apresta.
Val. Sí señor, ya la hemos visto.
Mend. Y qué os parece en conciencia?
Val. A decir verdad, no encuentro
mérito mayor en ella.
Mend. Decís bien: ni yo tampoco.

ESCENA XI.

D. Saturio, Mendoza y Valentin.

Val. Malo es esto: aquí se acerca *ap.*
un acreedor de mi amo.
D. Saturio de la Teja,
el ropero, viene á vernos.
Don Saturio á Mendoza creyéndole D. Diego.
Vengo á cumplir con la deuda
que dicta la cortesía.
Teniendo noticia cierta
de la llegada, pensé
que el daros la enhorabuena
fuera obligacion precisa.
Teníamos mucha pena
en mi casa, porque todos
os quieren sobremanera.
Mi muger, mi hermana, mi hija
temian no os sucediera
algun desastre en el viage.
Mend. Qué almas tan santas y buenas!
no me conocen, y me aman!
nunca pensé yo que fuera
tan querido de las damas.
D. Sat. Es muy natural que os quieran,
siendo amigo de la casa.
Mendoza ap. á Valentin.
Quién es, para que lo sepa?
Val. Es un visionario, un loco
que se ha puesto en la mollera
que todos son sus deudores,
y se obstina en que así sea
sin poder desengañarle.
A ninguno se le acerca
sin una cuenta en la mano;
y extraño no os envistiera
con alguna peticion.
Mend. Pues es locura muy nueva,
y muy rara.
D. Sat. Yo me alegro
veros en salud perfecta:
aquí traigo aquel recibo
á que acompaña la cuenta,
que espero me pagareis.
Valentin ap. á Mendoza.
No lo dixe?
D. Sat. En vuestra ausencia
pedí la paga en justicia,
y obtuve cierta sentencia
de prision y execucion.
Mend. De prision?
D. Sat. Yo no usé de ella,
ni me valí de alguacil,
que os rompiera la cabeza
con citas, trabas, traslados,
apremios y diligencias.
Soy un acreedor benigno,
y os evité esa molestia.
Mend. Cierto que sois bondadoso!
el nombre saber quisiera.
D. Sat. Mi nombre? ya le sabeis.
Mend. Escarabajo me vuelva,
si jamas supe tal cosa.
D. Sat. Cómo! podreis olvidar...?
Valentin aparte á don Saturio.
No sabeis qué mal padece?
D. Sat. Yo no.
Val. Tiene la cabeza
vuelta, y tan sin memoria,
que el pobre hombre no recuerda
lo que vé ni lo que hace.
Por consiguiente, es quimera

hablarle de lo pasado.
De su nombre no se acuerda
la mayor parte del año.

D. Sat. Qué lástima! Quién dixera
que á su edad... pero qué ha sido?

Val. Que en esta última guerra
guarneció una batería
de cañones de á quarenta,
y hacía un fuego tan vivo,
que le alteró la sesera.
Luego como la membrana
del *occiput* es tan tierna,
y el texido celular...
oh.... no teneis una idea
de lo que es la artillería.

Don Saturio á Mendoza.

Siento la desgracia vuestra;
pero puedo asegurar
que es legítima la deuda.
Bien sabeis...

Mend. Sé que teneis
los cascos á la gineta.

D. Sat. Pero señor, no olvideis
que es cuenta de ropa y prendas
que dí á vuestro regimiento.

Mend. Mi regimiento! esta es buena.
Idos con Dios, que no tengo
el tiempo ni la paciencia
para escuchar desvaríos.
Dios os cure la cabeza,
que sois demente.

D. Sat. Yo soy
don Saturio de la Teja,
síndico sacramental,
y tratante en ropas hechas.
Si perdísteis la memoria,
bien claro canta la cuenta.

Mendoza coge la cuenta y la rompe.

Mira el aprecio que hago.

Valentin á Mendoza.

Señor, valga la prudencia:
ved que es loco rematado.

D. Saturio cogiendo los pedazos.

Qué es esto? que desvergüenza!
cómo se entiende, rasgar
un recibo con su cuenta?
Sois un bribon.

Mend. Bribon yo!

Valentin poniéndose en medio.

Señores, señores, flema.

D. Sat. Yo haré que me conozcais..

Valentin á don Saturio.

Tened compasion siquiera
del estado en que se halla:
no deis voces.

D. Sat. Una cuenta
con su recibo!

Val. Prudencia
señor Saturio. Evitad
que se armen peloteras.

D. Sat. Es un delito nefando,
y merece ir á galeras.

Mend. Le he de cortar las narices.

Valentin á Mendoza.

Dexadle ir, y que no vuelva:
aunque le desnarigueis,
qué utilidades os dexan
las narices de un cofrade?

á don Saturio.

Idos antes que suceda
algun trabajo: evitemos
una desgracia funesta.

D. Sat. Señor mio, que me pague;
lo demas no me interesa.

Val. Quereis que con vuestros gritos
se caliente mas la testa?
idos pues; yo os lo suplico.

D. Sat. Sea muy enhorabuena:
me iré; pero yo prometo
que le ha de pesar la fiesta
antes de mucho. Hasta luego. *v.*

ESCENA XII.

Mendoza y Valentin.

Val. Que os hayais de esa manera
enojado contra un loco?
Mend. Y quereis tenga paciencia
para oir majaderías?
Vaya á otra parte con ellas.
Mas veamos al notario,
antes que el tiempo se pierda.
Val. Es inútil que vayamos
ahora, pues no se encuentra
en su casa. Pero pronto
creo que estará de vuelta,
y entonces vendré á buscaros.
Voy entretanto aquí cerca
á despachar cierto asunto.
Mend. Idos pues, y con presteza
volved, que quedo esperando.
Voy á ver si se sosiega
mi bilis. Todos son locos
en el pueblo. Qué Ginebra!
De quantos he visto, nadie
tiene sana la chabeta,
sino es este hombre y yo. *vase.*

ESCENA XIII.

Val. Yo quedo de centinela
en la inmediacion: qué gusto!
El pez de suyo se cuela
en las redes. Hoy espero
las resultas mas completas,
y al amor y la fortuna
servir en tan alta empresa.

ACTO QUARTO.

ESCENA I.

Val. Observé la puerta atento,
y á nadie salir he visto.
Mi amo habrá tenido tiempo
de recoger las pesetas.
No obstante, guardaré el puesto,
no sea que nuestro hombre
descubra todo el misterio,
yendo á casa del notario.
Ya nos ha hecho el obsequio
de espantar á un acreedor...
Me rio quando me acuerdo
de la reyerta: los puse
como dos leones fieros.
Viva un hombre de caletre
para salir bien de enredos.

ESCENA II.

Felipa y Valentin.

Valentin aparte.

Mas Felipa viene: al verla
mi amor se enciende de nuevo.
Fel. Vengo buscando á tu amo.
Val. Aguardémosle un momento;
y mientras tanto, permite
que te hable de mi afecto,
y que ofrezca mi homenage
á esos ojos hechiceros.
Fel. Ves á ofrecerle á otra parte,
y no me hables, que no quiero.
Me ha tratado tu señor
con modales tan groseros,
que he de tomar la venganza

en su criado el primero.
Llamarme á mi mugercilla!
quién dice tal improperio?
Val. Pues eso no vale nada.
Tiene un humor como un perro
algunas veces.
Fel. Me escuecen
todavía los dicterios
con que me honró; y mi señora
está que arroja veneno;
en términos, que resuelve
deshacerse á qualquier precio;
y me ha mandado que venga
á entregarle en el momento
sus cartas y su retrato,
y á que nos devuelva el nuestro.
Val. En quanto á las cartas, pase;
no hay inconveniente en ello.
Es un depósito inútil,
y que segun lo que entiendo,
no merece que le guarden.
Lo del retrato es diverso.
Es de oro el cerco y la caja,
y merece algun respeto;
y habiendo necesidad,
entonces se hace dinero
de la vajilla, amiguita.
Fel. Que se haga tan poco aprecio
de un retrato!
Val. Hemos estado
en grandísimos aprietos;
pero por fin, hace poco
que un tio, hombre muy bueno,
(quasi ignoramos su nombre)
ha tomado muy á tiempo
la providencia de irse
á los aposentos negros,
para ponernos en planta,
y hacernos sus herederos:
de modo que con la ayuda
de unos sesenta mil pesos,
damos á nuestra fortuna
un rapidísimo vuelo.
Fel. Qué me cuenta!
Val. La verdad.
Fel. Cómo! y en tan poco tiempo
habeis heredado tanto?
Val. Y de eso te admiras? bueno!
En informarnos del mal,
de la muerte y testamento,
en entregar el recibo,
y recoger el dinero,
menos tiempo hemos gastado
que tú gastas en saberlo.
En asuntos de heredar
es mi amo hombre muy diestro.
Fel. No lo dudo.
Val. Lo que quieras:
á bien que tú lo estás viendo.
En tal caso ya conoces
que mi amo fuera un necio
si afectára el ser constante.
Es preciso ir con el tiempo.
Fel. Amantes como vosotros
para nada los queremos.
Val. Yo tambien pienso imitarle,
y dexar el galanteo
de las señoras criadas.
Quiero triunfos mas excelsos,
y de rango superior:
mi alma va á tomar un vuelo
mas sublíme y mas heroico.
Sin duda seré el caxero
de la cantidad, y entonces
en los negocios me meto
Fel. En los negocios tú?
Val. Mucho:
en los negocios yo. Cuento
con que antes de dos años
me has de ver con cocineros,
lacayos y mayordomos,
coches, caballos soberbios;

un magnifico palacio
á la moderna compuesto,
con pages, con secretarios,
y un reverendo portero.
Los muebles de mi bufete
han de ser los mas selectos
de oro, china y porcelana.
Mesa de treinta cubiertos,
para el que venga á obsequiarme:
Allí el nectar extrangero,
y el del país correrán
como el agua por el Ebro.
Algunos dias tambien
tendré convites secretos,
y regalaré á las ninfas
como tú, de medio pelo.
Y quando llegue tu vez,
que admitas mi oferta espero,
que no se tardará mucho.

Fel. Excelente pensamiento.

Val. Ya sabes quanto te amo:
pero alguno venir veo.....
Mendoza es en persona.

ESCENA III.

Mendoza, Valentin, Felipa.

Val. Aquí me teneis dispuesto
á serviros.

Mend. Perdonad:
os hice aguardar mas tiempo
del que creí, por buscar
un cierto papel que debo
presentar á mi notario.

Felipa á Mendoza.

Vengo de parte de mi ama
á deciros, que queriendo
deshacer las amistades,
la devolvais al momento
sus cartas y su retrato,
y que os restituye el vuestro.
Aquí está.

Mend. Decidme niña:
ha de durar mucho tiempo
toda esta gerigonza?

Fel. Es estilo en este pueblo
quando riñen dos amantes
hacer al punto el destrueco
de cartas y de retratos.

Mend. Es lo que se usa?

Fel. Cierto,
y es un uso que se guarda
como si fuera precepto
entre personas de mundo.
Que lo diga este mancebo.

Val. Yo siempre lo he practicado.

Mend. Sabeis que me voy sintiendo
harto, cansado y molido
de tanto maldito enredo?
y que pudiérais probar
si mi brazo tiene peso?

Fel. Con quarenta barrabases
que os lleven! no nos burlemos,
recoged vuestro retrato,
y venga al instante el nuestro.

Mend. Qué retrato ni qué historia?

Fel. Aquel retrato que os dieron
al dar el vuestro á mi ama.

Mend. Yo tomé retrato vuestro?
yo os dí á vos el mio?

Fel. Tambien direis que esto es cuento?

Mend. Se supone que lo digo:
lo sostendré y lo sostengo.

Fel. Sereis capaz de jurar.....

Mend. Jurar y rejurar puedo
que nunca me he retratado.

Felipa aparte. Habrá hombre mas perverso!

Valentin á Mendoza.
Si acaso le recibísteis,
ved que es justo devolverlo:
harto discreto habeis sido.
Mendoza á Valentin.
Que me confunda el infierno
si yo sé de lo que habla.
Fel. No está aquí el retrato vuestro
en esta caxa redonda?
Mend. No señora, no: á menos
que el diablo que me persigue
no le pintára de intento
y os le diera.
Felipa aparte. Nunca he visto
semejante atrevimiento.
A este testigo veremos
qué tiene que responderle.
enseñando el retrato.
Conoceis á este sujeto?
Mend. Válgame san Crispiniano!
por vida de.....yo estoy lelo!
los ojos, la boca, frente.....
todo está ello por ello.
Val. Permitidme que lo vea,
y así comparar podremos
la copia y original.
Vive quien, que está perfecto!
el retrato está que habla!
no he visto otro mas bien hecho.
Mend. ap. Aquí dentro hay brujería
ó traicion, no puede menos.
A que han hecho estas malditas
pintarme por su dinero
quando venia en el carro
para armarme algun enredo?
Fel. Despachad, que tengo prisa.
Mend. Idos vos y acabaremos
de romperme la cabeza.
Fel. Dadme el retrato primero.
Mend. Qué retrato?
Fel. El de mi ama.
Mend. Yo no le tengo, ni quiero.
empujándola.
Idos y dejadme en paz.
Fel. A que os arranco los pelos
y los ojos antes de irme?
Valentin á Mendoza.
Señor, para que evitemos
contestaciones odiosas,
tengo por mejor acuerdo,
que la volvais su retrato.
Bien sabeis hasta qué extremo
se irrita una enamorada,
si la tratan con desprecio:
es mas temible que un leon.
Mend. Aun quando del mismo infierno
traxera la rabia junta,
si no sé quien es, ni tengo
noticia de ella ni su ama!
Valentin á Felipa.
Aun guarda amor en el pecho,
á pesar de lo que dice.
Volverás por aquí luego;
le hablaré, dará el retrato,
y todo queda compuesto.
Fel. Pues aguardaré hasta entonces;
mas si no le hallo resuelto
á hacerlo de bien á bien,
pegaré á la casa fuego. *vase.*

ESCENA IV.

Mendoza, Valentin.

Mend. Qué muger tan porfiada!
se habrá visto tal empeño
en perseguirme? parece
que trae órden para hacerlo
firmada de Satanás.
Val. Semejantes contratiempos
les han sucedido siempre
á los hombres bien dispuestos

como vos, y buenos mozos.
Pero entre amantes todo eso
son pequeñeces. Hoy mismo
quiero que queden dispuestos
los artículos de paz.

ESCENA V.

El Marqués, Valentin, Mendoza.

Val. ap. Mas al Marqués venir veo:
algo nos darán que hacer
aquellos cien dobloncejos.

El Marqués abraza á Mendoza creyéndole don Diego.

Marq. Amigo mio! qué dicha!
tú por aca! venga luego
un abrazo, y otros mil.
Ay amigo, que el contento
de verte, no disminuye
las angustias que padezco!
Mírame, que estoy rabiando;
desesperado me encuentro:
me da horror la luz del dia,
y quisiera encontrar medio
para darme de estocadas
con seis ú ocho granaderos
que me echáran de este mundo.

Mend. Mucho siento, caballero,
veros de tan mal humor;
mas por ahora no puedo
acuchillarme con vos.

Marq. Un beneficio completo
me haria un pistoletazo.
Ya quisiera haberme muerto.

Mendoza á Valentin.

Que jaque es este?

Val. Sin duda
es algun amigo vuestro,
y de los mas allegados.

Mend. Si le he visto, no me acuerdo.

Marq. He salido ahora mismo
de un montecillo perverso,
mil veces maldito sea,
donde perdí mi dinero
sin quedarme ni una blanca.
Por esta razon te ruego
me vuelvas los cien doblones
que te presté en otro tiempo.
Perdona que te moleste,
mas no encuentro otro remedio
en el estado en que estoy.

Mend. No tengo reparo en ello:
mas vos perdonadme á mí,
si me admiro y me sorprendo.
Decidme: cómo pudísteis
prestarme ningun dinero,
no habiéndome visto nunca?

Marq. Qué es lo que decís? no entiendo....

Mend. Pues lo que vos me decís
lo entiendo yo mucho menos.

Marq. No os presté yo cien doblones?

Mend. A mí? no señor, por cierto:
los habreis prestado á otro.

Marq. A otro? ¿habeis olvidado
de que yendo al regimiento
en esta última campaña,
vos, no teniendo dinero,
ni caballo, ni equipage...?

Mend. De nada de eso me acuerdo.

Marq. Vinísteis á que os prestára,
y os dí mi bolsillo abierto?

Mend. Yo pedir á un andaluz?
habria perdido el seso.

Marq. Ese hombre será testigo,
pues con vos iba: me acuerdo.

á Valentin.

Habla gandúl: ven acá.
Dime, negarás que es cierto
quanto procura olvidar

ese infame caballero?
Val. Yo señor....
Marq. Habla, ó al instante
te arrojo hasta el quinto cielo.
Val. Alguna confusa idea
se me viene al pensamiento.
Marq. Alguna confusa idea?
pues yo seguro de ello,
á Mendoza.
camarada, espada en mano,
ó venga al punto el dinero.
Mend. Calle! con que por no daros
cien doblones, no hay mas medio
que darse de cintarazos?
Vaya, que es gracioso el cuento.
Marq. Compadre, menos palabras,
y vamos pronto á los hechos.
Mend. Yo no tengo tanta prisa,
expliquémonos primero.
Marq. Aquí nada hay que explicar,
el asunto es claro y neto.
Mend. Pero hombre.....
Marq. Aquí no hay mas hombre
que hacer la paga corriendo.
Mend. Yo pagar! no debo nada:
id á poner pedimento,
como es debido, en justicia,
y las caras nos veremos.

El Marqués saca la espada.

Quando me deben, este es
el tribunal á que apelo.
Mendoza aparte. Dios mio! si saldré de esta?
que bárbaro! Quanto os debo?
Marq. No os acordais! cien doblones.
Mend. Cien doblones? justo cielo!
os pagaré la mitad.
Marq. Que me azoten quatro legos
de los mas gordos Toribios,
si no cobro por entero.
Valentin aparte á Mendoza.
Nos vá á matar á los dos:
y despues que os haya muerto
de qué os servirá la herencia?
Este es un hombre de aquellos
que no tienen que perder.
Mend. Mas tambien es fuerte empeño...
Marq. Quanto tarda la consulta!
Mendoza aparte. Paciencia: no hay mas remedio.
al Marqués.
Para que sois tan fogoso?
yo necesito mas tiempo
para salir de mi sorna.
No tengo los cien completos:
por ahora ahí van sesenta.
aparte á Valentin.
Ved si podeis componerlo,
que se contente y se vaya.
aparte. Si no fuera porque heredo
reñiría como un Cid,
y él vería lo que es bueno.
Valentin al Marqués.
Ahí va mas de la mitad:
mañana os darán el resto.
el Marqués toma la bolsa, y dice á Mendoza
Pensé que érais hasta ahora
un hombre de pelo en pecho,
de honra y de corazon;
pero lo contrario veo.
Abur. No me hableis jamas
como no sea de lejos,
ni me mireis: cuidadito!
porque perdiera el concepto
de los nobles de mi tierra,
y me tendrian en menos,

si me vieran alternar
con hombre de hechos tan feos. *v.*

ESCENA VI.

Mendoza, Valentin.

Mendoza. Esto es peor: insultarme
tras de llevarse el dinero!
En donde estoy? qué pais!
qué gente, sagrados cielos!
Hombres, mugeres, tratantes,
andaluces y roperos,
parace que contra mi,
estrecha alianza han hecho:
Yo no conozco á ninguno,
y todos, si he de creerlos,
son amigos veteranos,
y todos me pegan perro.
Vamos á ver al notario,
y salgamos de este estrecho,
de esta maldita caverna
donde metido me encuentro.
Val. No quereis que os acompañe?
Mend. No amigo: yo lo agradezco;
para nada os necesito.
Estimo quanto habeis hecho
por mí; pero en adelante
de nadie servirme quiero,
ni fiarme sino en mí:
y aun recelo estar de acuerdo
para engañarme á mí mismo. *vase*

ESCENA VII.

Val. Pobre hombre! le compadezco:
como no se marche pronto,
pierde el seso sin remedio.
A poco que lo retarde
van á quedar satisfechos
los créditos contra mi amo.

ESCENA VIII.

Don Diego, Valentin.

D. Diego. Valentin, feliz suceso!
apenas creo mi dicha.
He recibido el dinero
todo en letras á la vista,
contra casas de comercio
de las mas acreditadas.
Quánta energia, qué fuego
tienen estos papelitos!
Uno de seis mil doscientos,
otro de quarenta mil,
otros dos de novecientos,
de cincuenta, de sesenta.....
voy á comprar sin remedio
tres ó quatro mayorazgos
de los de mayor provecho.
Val. Hoy hallamos una mina,
y se nos viene el dinero
por todos quatro costados.
Dejadme que mire, os ruego,
esos lindos papelitos
que unen lo útil á lo bello.
Qué impresion tienen! qué estilo!
esos sí valen el tiempo
que se gasta en negociarlos,
y no los billetes tiernos
que están destilando amor
en frases de caramelo,
y que todo lo que dicen
no vale en limpio dos bledos.
D. Diego. Bien conozco lo que valen,
y como tú los aprecio;
y aunque ha sido hasta ahora
su uso para mí nuevo,
tú verás en adelante
que útilmente los manejo.

Val. Aun os quedan que saber
otros prósperos sucesos.
Aquel Marqués andaluz
que nos prestó en otro tiempo
los cien doblones, ha visto
á vuestro hermano, y creyendo
como todos que érais vos,
pidió el pago por entero.
Por de pronto vuestro hermano
se mantuvo un poco tieso,
pero el Marqués sin cuidarse
de razones ni argumentos,
quiso fiarlo á la espada;
mas el prudente gemelo
no lo halló por conveniente
y siguiendo mi consejo
le dió mas de la mitad,
que haciéndose el regatero
recibió el señor Marqués.
D. Diego. Mucho á mi hermano agradezco
que se encargue de mis deudas.
Val. No agradescais, que os ha puesto
muy en mal con Isabel.
D. Diego. Qué! la ha visto?
Val. Sí por cierto:
y como, segun os dije,
el hombre es algo sardesco,
la ha soltado cara á cara
cierto agridulce requiebro
que os atribuyen á vos.
Salióse con tal despecho
doña Isabel que.....
D. Diego. Es preciso
desengañarla al momento.

ESCENA IX.

Isabel, D. Diego, Valentin.

D. Diego. Pero allí viene. Señora,
adónde vais así huyendo?
dónde dirigís los pasos?
Isab. Adonde no pueda veros.
Val. Aquí está ya el *qui pro quo*
Isab. Decir á mi tia quiero
que desde ahora he dejado
de tener por vos afecto.
Amadla quanto querais,
que por mi parte prometo
huir de vos como de un monstruo.
D. Diego. Señora....
Isab. Recibo en premio
del cariño mas constante,
disfavores y dicterios.
Os parezco fea, tonta,
sin gracias y sin talento.
D. Diego. Dignaos señora escucharme.
Isab. No señor, yo no comprendo
que haya hombre tan audaz
que tenga el atrevimiento
de decir á sangre fria
tanta injuria y vituperio.
D. Diego. Habeis de saber que aquí....
Isab. No, si no quiero saberlo.
D. Diego. Enhorabuena.
Val. Escuchadme
con un poco de sosiego.
Isab. Qué! quieres tú que me exponga
á que me insulte de nuevo?
Val. No señora: os irritais
sin motivo verdadero.
Entrambos teneis razon,
y ninguno: este es el cuento.
Isab. Bien sé que á mí no me falta:
tú lo sabes si la tengo.
D. Diego. Yo no cometí delito.

Val. Voy en menos de dos credos
á poner claro el asunto.
Decís que os perdió el respeto
con palabras desatentas?
Isab. Increibles en extremo.
D. Diego. Yo dije?
Val. Vamos callando,
y si no guardo silencio.
El hombre que os ha insultado
de un modo tan tosco y necio,
es él, sin que sea él:
es su retrato perfecto
de estatura, cara y nombre;
mas entre sí son diversos,
aunque uno mismo parecen.
Y la verdad del suceso
consiste, en que el otro él,
retrato del que estais viendo,
vestido con sus despojos,
fue quien os perdió el respeto.
Isab. Qué cuentos estás forjando?
D. Diego. Que le oigais señora os ruego
antes de tomar enojo.
Val. El lance yo lo confieso,
no es muy fácil de entender.
Sabed que ha llegado al pueblo
un hermano del señor,
que desde el pie hasta el cabello
se asemeja como veis.
Aquel ha sido el grosero
que os trató con tan mal modo.
Pero preveniros debo,
que aunque se asemejan tanto,
el otro es un lugareño
impolítico y brutal;
solo este es el verdadero.
Isab. Sinembargo de lo extraña
que tu relacion encuentro,
tengo placer en creerla,
y amor disculpa mi yerro.
D. Diego. A mis ojos pareceis
aun mas hermosa con ceño.
Nuestro recíproco engaño
os suplico que olvidemos.
Val. Si no quereis engañaros,
ved la señal del sombrero
que en qualquier caso de duda
sabrá guiaros á puerto.
Mas cuidad que ante el notario
no os equivoqueis de nuevo
y tomeis uno por otro
para casaros. Por eso
os indico esta señal.
Isab. Distinguirá al verdadero
mi amor, aun mas que mis ojos.
D. Diego. Por mas que se empeñe el cielo
en hacerme venturoso,
si no logro poseeros,
en poco estimo mi dicha.
Val. Basta ya de cumplimientos;
despues que seais casados
hablareis á gusto vuestro.
á don Diego.
Ved que la gloria nos llama:
corramos sin perder tiempo
á disponer el contrato.
Puede en paz y con sosiego
volver á casa esta dama,
mientras nosotros ponemos
buen fin y gloriosa cima
al comenzado proyecto.

ACTO QUINTO.

ESCENA I.

Doña Fausta, Felipa.

Fel. La verdad digo, señora;
y jamás creer pudiera
que se hallasen en el mundo
unas almas tan perversas.
Quando le pedí é insté
á que el retrato volviera,
quiso darme de puñadas;
mas lo estorbó la prudencia
del criado, que es atento.
Así, señora, ya es fuerza
que os resolvais de una vez,
y obligarle á que mantenga
su palabra, pues teneis
en la mano la promesa.

D. Fausta. Que me castiguen los cielos
si no lo hago.

Fel. No queda
ya ni virtud, ni honradez,
ni probidad en la tierra.
Quando á fuerza de petardos
las pobrecitas doncellas
habian imaginado
encomendar á las letras
juramentos de palabra,
creyeron de esa manera
sujetar mas á los hombres;
pero nada; ni por esas;
porque lo mismo se burlan
de palabras que de letras.
En este maldito siglo
otro recurso no queda
que formalizar contrato.
Siempre ha sido nuestra estrella,
lo es, y lo será siempre
ser de los hombres muñecas.

D. Fausta. Sí Felipa: yo lo juro,
he de vengar como pueda
todo el honor de mi sexô.
y lavadas sus ofensas
han de quedar, lo he resuelto.

Fel. ¿Y hemos de sufrir que venga
un monito, un pisaverde
vivarachito y tronera,
muy amante de sí mismo,
los cascos á la ligera,
por tener buena persona,
y nosotras alma tierna,
á sorprendernos, y haga
su declaracion muy séria
por escrito y con su firma,
y despues nos deje frescas
sin llevar á efecto nada?
No señora: es mengua nuestra,
y clama venganza al cielo
tal abuso y tal licencia.
Yo me casára con él
si en vuestro caso me viera,
solo por desesperarle.

D. Fausta. Y si acaso me desprecia,
si no me quiere, qué gusto
ni qué ventajas me esperan
en tan triste matrimonio?

Fel. Hoy en dia nadie piensa
en casarse para amar.
Esa costumbre era buena
allá al principio del mundo.

Quántos vemos que se arriesgan
á casarse, y no se aman
por asomo ni se aprecian?
Es preciso que os caseis:
ved que ya el tiempo se acerca
en que se pierden las gracias,
y no hay que pensar que vuelvan.
El buen consejo que os doy
aprovecharle quisiera;
que es un mal mucho mayor
morir de puro doncella,
que todos los contratiempos
que un matrimonio encierra.

ESCENA II.

D. Claudio, Isabel, D. Fausta, Felipa.

D. Cl. Me alegro encontrarte aquí:
este acaso me dispensa
de ir á buscarte á tu casa.
D. Fausta. A mí me ahorra la pena
de irte á buscar á la tuya,
con que á los dos nos trae cuenta.
D. Cl. Dime; tienes tan preocupada
como antes la cabeza?
no te has desengañado
de que es solo una quimera
tu pasion? creeme hermana,
empieza á ser hoy mas cuerda,
y no intentes trastornar
mis planes y mis ideas.
D. Fausta. Vamos: ya empieza el sermon.
Tú siempre hablas y voceas
sin maldita la sustancia;
pero ya sabes la fuerza
que me hacen tus razones.
Mendoza, quiero que sepas
que debe ser mi marido;
y tengo aquí su promesa
muy en forma y con su firma.
D. Cl. Pero muger, que lo creas!
D. Fausta. Sí señor, que le he comprado,
y buenos pesos me cuesta.
Lo habeis oido, sobrina?
Isab. Sí señora; no me queda
ninguna duda.
D. Fausta. Es muy raro
que esta mocosuela quiera
arrebatarme el cariño
de Mendoza, y que pretenda
apropiarse lo que es mio.
Esa es una accion muy fea
y de muy mala crianza.
Isab. No señora: quién pudiera
quitaros un corazon
sujeto á vuestras cadenas?
Vuestros ojos aseguran
la constancia, y no nos dejan
corazones que rendir.
D. Fausta. Mis ojos, habladorzuela,
son mejores que los tuyos:
si no, ponerlos á prueba,
y veremos quales vencen.
D. Cl. Callad! que ya no hay paciencia
para oir tantas sandeces.

ESCENA III.

Mendoza, don Claudio, Isabel, doña Fausta, Felipa.

D. Cl. Fortuna, que á tiempo llega
mi yerno. ¿Y el escribano?
creí que con vos viniera.
Mend. He buscado inútilmente
su casa mas de hora y media,
pero siempre ha habido alguno
que me incomode y detenga.
Os ruego me acompañeis.

D. Cl. Es regular que aquí venga,
pues yo le estoy aguardando.
Mend. El uno á correr empieza
al instante que me ve,
coge mi mano, la aprieta,
y pregunta si va bien:
otro á abrazos me estropea,
y se empeña en que he de ir
á almorzar á la taberna:
otro al volver una esquina
me hace pagarle una deuda
de que no tengo noticia.
En fin es una Ginebra;
y si conozco á ninguno
venga y lléveme pateta.
D. Fausta. Traidor! con que estás resuelto,
á pesar de tus promesas,
á hacer otro casamiento?
así pagas mis finezas
y quiebras tus juramentos?
Mend. ap. Ya empieza otra vez la gresca.
D. Fausta. Ingrato! tú me abandonas,
tú te ries de mi pena!
tú me miras espirar
como una simple cordera,
cediendo á mi triste suerte
sin que una lágrima viertas
por mi muerte desgraciada!
Cae desmayada en brazos de Felipa.
Mend. Por Dios que me desespera
tal perseguir de muger.
Sin duda su cuerpo encierra
alguna legion de trasgos.
Y que quiera que no quiera,
haya de ver tras de mí
á este demonio ó culebra!
Fel. Vos, que en otro tiempo dísteis
pruebas de amor y terneza,
la dejareis que en mis brazos
á vuestro rigor perezca?
En qué ha podido ofenderos?
en qué pecó su inocencia
para que pagueis su amor
con tan extraña dureza?
Mend. Que espire ó que no en tus brazos;
que cargue el diablo con ella
y contigo, qué me importa?
Ya hace tiempo que debiera
haberlo hecho en favor mio.
D. Fausta. Está bien traidor! mas tiembla
infame! voy á vengarme.
Aquí tengo la promesa
con tu firma. Este testigo
confundirá tu vileza.
da el papel á don Claudio.
Mend. No hay mas: está rematada.
á D. Claudio.
Vos debeis dar providencia
de que la encierren al punto.
D. Claudio enseñando el papel.
Mirad que aquí se presenta
vuestro apellido; "Mendoza."
decidme, teneis con ella
algun asunto tratado?
Hacedme esa confidencia:
es mi hermana, y puede ser
que yo componerlo pueda.
Mend. Señor, si jamás he visto
á esas dos aventureras,....
(perdonad, es vuestra hermana)
que sin salir de aquí vengan
Satanás y Lucifer.....
D. Cl. Basta: para que yo os crea
no es menester que jureis.
Mend. ap. Esta muger da en la tema
de hacerme desesperar.

á D. Fausta.
Muger, demonio, hechicera,
ánima del otro mundo,
sombra, duende ó lo que seas,
déjame en paz te suplico.

ESCENA IV.

D. Hipólito, y dichos.

D. Cl. Venga muy enhorabuena
el amigo don Hipólito.
Ya estamos con impaciencia
aguardando la venida.
D. Hip. Mucho mi afecto celebra
ver reunida á la familia;
y creo que mi presencia
no causará desagrado
á la futura. Es muy bella,
pero solo la faltaba
para ser toda perfecta,
un marido de buen talle.
Ya el amor se le presenta,
y no tiene que desear.
Mend. Mas que el dia en que yo muera,
para asistir á mi entierro,
que es lo que deja completa
la dicha de una muger.
Isab. No tengo tales ideas.
D. Hip. No le creais, señorita,
que no dice lo que piensa.
Sé que le tienen prendado
vuestro talento y belleza,
y es hombre honrado: yo fio.
Mend. Como! el señor se chancea.
D. Hip. Y lo que en él mas se alaba,
es su cordial franqueza.
Mend. Yo me alegrára poder
devolveros la fineza.
Vos sí que sois protocolo
de las virtudes y prendas....
para alabaros qual debo
no tengo palabras hechas.
D. Hip. Puesto que segun yo pienso,
la familia está dispuesta
y acorde, procederemos
á las demas diligencias.
D. Fausta. No, no corre tanta prisa.
La boda no se celebra
por justas causas que tengo.
D. Claudio á doña Fausta.
Muy bien: todo lo que quieras
dirás mañana: por ahora
á Don Hipólito.
adelante con la nuestra.
D. Hip. Pues aquí está ya el contrato....
Mend. Antes de que se proceda
al contrato, concluyamos
cierto asunto que interesa
mucho mas que el de la boda.
D. Hip. Estoy á vuestra obediencia,
y haré lo que vos gusteis.
Yo por mi parte no hubiera
apresurado el negocio
de la boda, si no fuera
porque fuísteis á mi casa
á encargar la diligencia.
Mend. He estado yo en vuestra casa?
D. Hip. Sí señor.
Mend. Esta es mas negra.
y quándo estuve?
D. Hip. Hace poco.
Mend. Quien! yo?
D. Hip. La cosa es tan cierta,
que fuísteis á mi posada
á honrarme, y en recompensa
os dí sesenta mil pesos,

que es pagar muy bien la pena.
Mend. Como! qué es lo que decís?
no perdamos la chabeta.
D. Hip. Vos os quereis divertir :
Mend. Sí: pues la ocasion es buena,
y me estoy desesperando.
Cómo es la gracia vuestra?
don Hipólito no os llaman?
D. Hip. Sí señor: quién os lo niega?
Mend. Y ademas no sois notario?
D. Hip. Y notario de conciencia.
Mend. Ese es artículo aparte.
No paran en manos vuestras
sesenta mil pesos mios?
D. Hip. Ya están en otras diversas.
Mend. Como!
D. Hip. No os llamais Mendoza?
Mend. Sí señor.
D. Hip. En conseqüencia,
sois vos á quien los he dado
en metálico ó en letras,
y en prueba tengo el recibo.
Mend. Cómo! tendreis la insolencia?.
D. Hip. Tendréis acaso la audácia?
Mend. De afirmar en mi presencia
que me habeis dado el dinero..?
D. Hip. De negar con desvergüenza
que vos le habeis recibido?
Mend. El hombre es bribon de prueba.
D. Hip. Es un picaron solemne.
D. Cl. Señores, haya prudencia:
vive Dios que me avergüenza,
y no sé á qual de ellos crea.
Isab. Es posible que el señor
cometa una accion tan fea!
D. Fausta Por qué no, si es un malvado
que en el crimen se deleita?
Fel. Que le formen causa al punto:
y si importa que intervengan
testigos, aquí estoy yo.

ESCENA V.

Valentin, dichos.

Val. Señores, qué zambra es esta?
Mend. Este hombre que aquí viene
será juez en la materia,
pues no se apartó de mí:
yo me atengo á su sentencia.
á Valentin.
He recibido dinero
yo del señor?
Val. Cosa es cierta:
habeis recibido hoy mismo
en metálico ó en letras
unos sesenta mil pesos
que el difunto tio os deja.
Mendoza agarrando á Valentin.
Ah impostor! testigo falso!
es posible que sostengas....?
Val. Sostengo se han entregado
á un hombre que se asemeja
á vos en talle, en vestido,
en aire y cara, que intenta
ser yerno de este señor:
se llama Mendoza, y llega
de Zafra en donde nació:
y si todo esto se niega,
es perfidia, es felonía,
y nada se tome en cuenta
de todo quanto yo he dicho.
D. Hip. No es fácil que hallarse pueda
un hombre mas despreciable
ni de intencion mas perversa.
á don Claudio.
Cierto que íbais á formar
una alianza estupenda.
D. Claudio á Mendoza.
Hasta ahora habia creido

que érais sujeto de prendas;
pero me voy convenciendo
de que sois muy linda pieza.
D. Fausta. En vista de lo que ha hecho,
no me causará extrañeza
ninguna infamia ó delito
que el tal sujeto cometa.
Felipa á Mendoza.
Traidor! ya te han confundido!
no sé por qué no le cuelgan
sin mas forma de proceso.
Mend. Dudo que sobre la tierra
haya arrojado el infierno
en su cólera tremenda
hombres peores que vosotros,
y....la rabia no me deja
resollar ni hablar palabra.

ESCENA ÚLTIMA.

Dichos, y don Diego.
D. Diego. ap. Creo que ya mi presencia
es forzosa, al descubrir
lo que este misterio encierra.
D. Claudio viendo á don Diego.
Qué es esto? qué es lo que veo?
D. Hip. Mas qué maravilla es esta?
D. Fausta Qué aventura tan extraña!
no sé si á mis ojos crea.
Fel. Si tendré yo cataratas
ó vapores, ó habrá niebla?
lo cierto es que veo doble.
Mend Qué figura se presenta
allí? será mi retrato?
será mi espejo con piernas?
D. Diego á Mendoza.
Caballero, mucho extraño
que pueda haber quien se atreva
á honrarse con mi apellido
y remedar mi presencia.
Ved que Mendoza es mi nombre,
y es sobrada desvergüenza
apropiarse lo que es mio.
Mend. ap. Apostára dos pesetas
á que es este otro bribon.
á don Diego.
Eh! vos sois quien se apodera
sin justicia de mi nombre.
Nunca tuve yo la idea
de ir á quitaros el vuestro.
D. Diego. Desde que la luz primera
ví, no he tenido otro.
Mend. Mi padre mientras viviera,
no se llamó de otro modo.
D. Diego. Pues de la misma manera
se llamó el mio en su vida.
Mend. Mi madre se quedó muerta
quando me parió.
D. Diego. La mia
sufrió suerte tan adversa.
Mend. Yo soy extremeño.
D. Diego. Y yo.
Mend. Yo tuve un mala cabeza
por hermano, del que ignoro
si está muerto, ó bajo tierra
hace mas de quince años.
D. Diego. Sobre corta diferencia
podrá hacer el mismo tiempo
que estoy sin noticia cierta
de la suerte de mi hermano.
Mend. Con el mio era perfecta
mi semejanza en un todo.
D. Diego. Qualquiera que á mí me vea
ve de mi hermano la imagen.
Mend. No sería cosa buena
que fuérais vos ese hermano?

D. Diego. Ningun misterio se encierra
mas que ese: vos lo habeis dicho.
Mend. Es posible? santa Tecla!
D. Diego. Hermano llega á mis brazos;
permite que darte pueda
señales de mi cariño.
Es posible que te vuelva
la fortuna á mis caricias?
Mend. Sea muy en horabuena..
me alegro.... pero contaba
con que ya muerto te hubieras.
Felipa á doña Fausta.
Esto nada nos importa:
á ver por donde resuellan,
que siempre uno será nuestro.
D. Cl. Fuerza es que me sorprenda
un suceso tan extraño.
Hija, escoge el que tú quieras,
procura tomar el bueno;
pero despues ten paciencia
si no escoges el mejor.
Isab. Pues á mi arbitrio se deja,
y yo me encuentro indecisa,
quiero hacer hoy esta prueba
de mi suerte: al señor quiero.
viendo la señal en el sombrero de don Diego.
Doña Fausta cogiendo á Mendoza por el brazo.
Yo al señor por conseqüencia.
Mend. El que os oiga pensará
que nada que hacer os queda
mas que bajarse y coger.
D. Hip. Yo no hago diferencia,
y de los dos me apodero.
Es preciso que yo sepa
á quien he dado el dinero.
D. Diego. Por eso no tengais pena;
yo soy quien le recibió.
Soy quien tomó la maleta
de mi hermano por la mia,
y me valí de esta treta.
El es el que ha venido
para recoger la herencia.
Yo soy quien creyeron muerto,
y me hice dueño de ella.
Yo soy quien á doña Fausta
dedicó falsas ternezas;
quien de hacerla mi muger
la dió solemne promesa,
y quien se rindió despues
de Isabel á la belleza.
Mend. Con que vos, señor notario,
me habeis jugado una pieza?
D. Hip. Nada hice de irregular
siguiendo al pie de la letra
la intencion del testador.
El ha dejado la herencia
á su sobrino: el señor
lo es de la misma manera
que vos, y por consiguiente
nada que decir os queda.
D. Diego á Mendoza.
Es preciso conformarse
con lo que el destino ordena;
pero yo te doy palabra
que de mí no tendrás queja,
con tal que al instante mismo
quieras cumplir mi promesa,
casando con doña Fausta.
Mend. Yo casar con una vieja
tan loca y tan rematada?
D. Fausta. Es muy graciosa la idea
de mandarme! qué derechos
sobre mí tener intenta
para imponerme preceptos?
D. Diego. De un amigo que os aprecia
no desdeñeis los consejos.
Vuestras intenciones eran

las de casaros conmigo:
mi hermano me representa:
es otro yo: y porque veais
quanto por vos se interesa
mi amistad, recibireis
una mitad de la herencia.
Treinta mil pesos bien pueden
facilitar esta empresa.

Mend. Ahora sí que te conozco
hermano querido. Reyna,
casémonos prontamente
y olvidemos frioleras.
Los dos nos hemos echado
excelentes indirectas;
vos llamándome traidor,
y yo á vos aventurera;
pero no nos conocíamos.
Quántos hay que se requiebran
tan finos como nosotros,
y en frases tan lisonjeras,
y à pesar de eso se casan,
y hacen vida santa y buena?

Felipa á doña Fausta.

Solo por la semejanza,
sin hacer mas resistencia
me casára yo con él.

D. Fausta Si resolverme pudiera
á efectuar este enlace,
sería solo por la tema
de castigar á los tres.
Mis bienes son los que os tientan;
mas casándome deshago
toda la esperanza vuestra.
Sí; me caso por vengarme,
darle todas mis riquezas,
y haceros rabiar á todos.

Mend. Será cosa muy bien hecha.

Don Claudio á don Diego.

Vos, amigo, aceptareis
la mano de mi Isabela,
pues que esta casualidad
á mi familia os allega.
Yo pretendia un Mendoza:
siéndolo vos no se truecan
los designios que formé.

D. Diego. Es mi dicha tan completa
que no puede el corazon
ser bastante á contenerla.

Val. Felipa: todos se casan:
perfeccionemos la escena,
y casémonos tambien.

Fel. Lo que es por mí bien quisiera,
no hay ningun inconveniente:
pero.....

Val. Pero qué recelas?

Fel. Cometer un desatino.

Val. No es mas que esa friolera?
mucho mayor le hago yo,
y á pesar de eso me encuentras
dispuesto á darte la mano.

al público.

Señores, logré se hicieran
las bodas que preparaba;
voy á adornar mi cabeza
con laureles y con mirtos;
pero si yo mereciera
recibir vuestros aplausos,
dia tan feliz pusiera
el colmo á todas las dichas
que mi corazon anhela.

FIN

Madrid, año de 1817. En la imprenta de D. M. de Burgos plazuela de la Paz.

Se vende en la librería de la señora viuda de Quiroga calle de las Carretas.

FIN